



HABANA, 26 DE JULIO DE 1975.

## IMPORTANCIA DE LA POLICIA.

II.

Si Dios estuviera en nuestro entendimiento y en nuestro corazón, como está escrito en la tierra y en el cielo con caracteres indelebiles que los ha escrito el salvaje, la policía tendría aborrido la mitad de su trabajo.

A todos los que se llaman derechos individuales, imprescriptibles, inalienables, 6 ilegales, arrancarán de la fuente purísima de los deberes morales, en que la soberbia se postea ante la verdad, y la ignorancia huye ante la luz, la mitad de las cárceles podría sacarse a subasta pública.

Pero todos los hombres no piensan así, y las cosas pasan de otro modo. La policía en sus funciones vendrá en apoyo de nuestra afirmación.

En los círculos que la ignorancia frecuenta, y la maldad corrompe, es donde los hombres luchan por eludir la acción de la policía, y es precisamente donde esta tiene que estar arma al brazo, contra esa ley que el malvado mismo se encadena a la maldad. La policía, pues, debe existir del bien que exista el malvado: Es la fuerza del bien, contra la del mal: su fuerza es la fuerza de la justicia, contra la de la injusticia. Nuestra amargura, sale al encuentro de aquellas dificultades y peligros, resuelve aquellos errores y extravíos, ora con la paciencia, ora con la sagacidad, ora con un valor más sereno, que el de los que luchan en los campos de batalla a la luz del día, en campo abierto, y frente a frente del enemigo.

Hay quien se cree bastante para hacer respetar su hogar: hay quien desearía tener un agente en su puerta, y en cada habitación de su casa. El primero, a la manera de un enfermo que rechaza los auxilios de la ciencia, provoca el peligro; sin embargo, la policía mira solícita por la vida, y la paz de ese hombre a quien ciega una triste prevención. El segundo, sin ser molestado por el guardia de vista, está sin embargo bien guardado por la policía que se multiplica, preservándole de todo peligro.

La ley ha previsto que la salud puede verse amenazada por sustancias más o menos venenosas. La policía accede desde la primera farmacia hasta el último boteco, y en la plaza como en la calle, su ojo, su interés, sus conocimientos llevan la tranquilidad a las familias. Un buen agente de policía conoce esas criaturas que la ambición arrastra hasta falsificar de un modo peligroso los objetos de su tráfico, y el consumo público; y prudente y sagaz vence las dificultades, y hace desaparecer el peligro. Con su mirada rápida, y su examen superficial, penetra la mente de los malvados que así faltan a la ley y a la humanidad, y en esta eterna querrela con las pasiones ruines y las flaquezas humanas, presta a las familias servicios inapreciables.

La ley ha previsto y legislado sobre la mendicidad, sus abusos, sus amenazas, sus violencias, sus castigos. En esta esfera la policía presta un inmenso servicio; lo mismo que respecto a los infelices locos, a quien la responsabilidad no alcanza si cometen un crimen. Para comprender toda la importancia del servicio que la policía presta aquí, permítanos decir algo, muy poco, acerca de la mendicidad.

Se necesita un tacto exquisito, el tacto de un buen agente de policía, para distinguir la verdadera de la falsa indigencia. El temple religioso se desvía, y la limosna mal empleada no solo se desvía de la necesidad real y de la intención, sino que engendrando la duda, puede deprimir la caridad; esa cura que fundada o impulsada produce un gravísimo mal. Esa cura que ocurre en un sentimiento tan sagrado, la dispensa una buena policía. Si no estirpara el mal, crearía una nueva indigencia, quizá física y criminal. La buena policía evita estos males; y hace mucho más: busca al infortunio en el seno de la oscuridad, aquí gemido que invoca un apoyo, y lo protege, evitándole los nuevos tormentos de la humillación, que no todos pueden arrostrar: busca quien se queja de aquellas lágrimas, y si hay alguna sospecha de desdicha y vago, se interpone y la salva. ¿Qué servicios tan importantes presta la policía, distinguiendo la falsa de la verdadera mendicidad! Y es difícil que el engaño del postulado hipocrita y falso; por que el observador de cerca; si duda, le sigue; si es preciso, penetra dentro del hogar; si investiga, interroga, y allí verá la triste realidad, la comedia, y obrará en consecuencia. Esta misión de la policía es tan grande como grave; grande porque debe existir toda la soledad de los pueblos cristianos; y grave, porque en esos focos inmundos, de que la historia nos habla con levitad elocuencia, hay quizá muchos ángeles de inocencia que salvar.

Dejemos pasar de ligero al agente de policía por delante de esas casas, que los gobiernos se ven obligados a tolerar, esos asilos de vergüenza y libertinaje. Si la denuncia nos permitiera detener aquí la pluma, presentáramos al agente de policía prestando a la moral un servicio que la sociedad debería reconocer altamente.

Pasemos también a la carrera de los múltiples atenciones que sobre el agente de policía hacen pesar, y a los establecimientos que pueden ofrecer explicaciones, ya los edificios que amenazan sepultar en los escombros a los habitantes y transeúntes, y otros asilos de refugio de esos pobres salvajes de la civilización que alberga todo pueblo grande.

A la previsión del legislador no se han podido ocultar los peligros que entraña esa multitud de vías de comunicación, que ponen a disposición del criminal los medios de evasión. El ojo previsor, esa sagacidad que descubre la verdad de una sospecha, que tomándose el rastro levanta siempre la caza, es la gran obra de la policía, es la garantía del hogar, el viajero, es la tranquilidad de la familia, del niño y del anciano que se entregan al sueño rodeados de tanto desconcierto, confiados en que la policía no dejará expuesta su persona y su seguridad a la voluntad de un malvado, y de un criminal.

¿Quién se atreve a medir el valor de los servicios que presta la policía todos los días, a todas horas, en buques, en trenes, en carreteras, por todo el ámbito de la patria, por toda la superficie de la tierra y el mar? ¿La ley ha consagrado la propiedad, fuera de la que está el vacío, el caos, y fuera de la que sería insuficiente todas las instituciones; imposible la perfección social; pues bien, la policía es la fuerza, que vence a la fuerza criminal, que atenta de mil modos a la propiedad y a la seguridad personal: aspira a hacerla respetar, y nunca transige: donde reina ella, imperan la paz, el derecho y la libertad.

Descubrir las tramas que a las personas afectan, sea cual sea su estado, su sexo y edad; evitar las tentativas de todo género; asegurar el orden en la calle, en la plaza, en los paseos y por doquier; mantener la seguridad del obrero que está en su taller, como del carruaje que cruza los caminos; conjurar tanto elemento de corrupción desde el juego del salón hasta las diversiones peligrosas en que se entretiene un niño; conservar la libertad, pero sin olvidar los garitos en que fermentan las pasiones más desordenadas; y hasta donde puedan albergarse los bandidos más peligrosos: tal es la misión de una buena policía.

Es blanco del rencor de los malvados, y esta es su mayor recomendación: si reina la calma, no lo olvidemos, como no nos olvidamos de invocar su ojo, su abnegación, el día del peligro: sus atribuciones son pesonas, desagradables. Rodeada de presiones acaecida por ellos y los suyos, cercada de peligros, vigilante siempre las convulsiones de la anarquía y el crimen, infatigable ante los peligros que la engendran, el triunfo no le da garfala, ni título, ni brillo, ni grandeza.

El extracto que acabamos de hacer sobre varias ocupaciones graves de la policía, y cuyo trabajo la abruma día y noche, nos sugiere muchas y serias reflexiones; pero en el círculo que nos hemos propuesto girar no caben: hágala la ilustración del lector.

La buena policía, está animada siempre de una disposición muy favorable: es aspiroz, muy propensa a sospechar, cualquier que la impulsa a la vigilancia, y a la inspección constante: al paso que teme emplear el poder de que es depositaria, de un modo peligroso, abusivo, y jamás cede a las pasiones que degeneran en persecución y violencia. Así sabe elevar su representación y grangearse las simpatías públicas: firme sin grosería, sin bajeza, usando buenos modales, sin mueble complacencia, en cada esquina, a cada paso, en cada grupo, a la entrada del templo como en medio de un paseo, las personas tienen a la policía que las mira, que las observa, que las guarda, y por las que, al preciso es, luchará, batallando con el malvado, hasta morir.

El contacto de los hombres honrados debe ser frecuente con los agentes de la policía: con este apoyo moral, las medidas que ejecute, mandadas por la ley, y que interesan al orden social y a la seguridad personal, serán más firmes, al paso que más equitativas y conciliadoras; conquistando respeto para la ley, consideraciones para la autoridad, y fuerza para la institución. El ciudadano tiene derecho a que se lo trate con deferencia; pero a su vez, si trata con grosería al agente público, encargado de velar por la ejecución de la ley, el mismo indirectamente atenta a su propia seguridad, al mismo traza los destinos que puede darle la comedia, y obrará en consecuencia. Esta misión de la policía es tan grande como grave; grande porque debe existir toda la soledad de los pueblos cristianos; y grave, porque en esos focos inmundos, de que la historia nos habla con levitad elocuencia, hay quizá muchos ángeles de inocencia que salvar.

Dejemos pasar de ligero al agente de policía por delante de esas casas, que los gobiernos se ven obligados a tolerar, esos asilos de vergüenza y libertinaje. Si la denuncia nos permitiera detener aquí la pluma,

presentáramos al agente de policía prestando a la moral un servicio que la sociedad debería reconocer altamente.

Pasemos también a la carrera de los múltiples atenciones que sobre el agente de policía hacen pesar, y a los establecimientos que pueden ofrecer explicaciones, ya los edificios que amenazan sepultar en los escombros a los habitantes y transeúntes, y otros asilos de refugio de esos pobres salvajes de la civilización que alberga todo pueblo grande.

A la previsión del legislador no se han podido ocultar los peligros que entraña esa multitud de vías de comunicación, que ponen a disposición del criminal los medios de evasión. El ojo previsor, esa sagacidad que descubre la verdad de una sospecha, que tomándose el rastro levanta siempre la caza, es la gran obra de la policía, es la garantía del hogar, el viajero, es la tranquilidad de la familia, del niño y del anciano que se entregan al sueño rodeados de tanto desconcierto, confiados en que la policía no dejará expuesta su persona y su seguridad a la voluntad de un malvado, y de un criminal.

¿Quién se atreve a medir el valor de los servicios que presta la policía todos los días, a todas horas, en buques, en trenes, en carreteras, por todo el ámbito de la patria, por toda la superficie de la tierra y el mar? ¿La ley ha consagrado la propiedad, fuera de la que está el vacío, el caos, y fuera de la que sería insuficiente todas las instituciones; imposible la perfección social; pues bien, la policía es la fuerza, que vence a la fuerza criminal, que atenta de mil modos a la propiedad y a la seguridad personal: aspira a hacerla respetar, y nunca transige: donde reina ella, imperan la paz, el derecho y la libertad.

Descubrir las tramas que a las personas afectan, sea cual sea su estado, su sexo y edad; evitar las tentativas de todo género; asegurar el orden en la calle, en la plaza, en los paseos y por doquier; mantener la seguridad del obrero que está en su taller, como del carruaje que cruza los caminos; conjurar tanto elemento de corrupción desde el juego del salón hasta las diversiones peligrosas en que se entretiene un niño; conservar la libertad, pero sin olvidar los garitos en que fermentan las pasiones más desordenadas; y hasta donde puedan albergarse los bandidos más peligrosos: tal es la misión de una buena policía.

Es blanco del rencor de los malvados, y esta es su mayor recomendación: si reina la calma, no lo olvidemos, como no nos olvidamos de invocar su ojo, su abnegación, el día del peligro: sus atribuciones son pesonas, desagradables. Rodeada de presiones acaecida por ellos y los suyos, cercada de peligros, vigilante siempre las convulsiones de la anarquía y el crimen, infatigable ante los peligros que la engendran, el triunfo no le da garfala, ni título, ni brillo, ni grandeza.

El extracto que acabamos de hacer sobre varias ocupaciones graves de la policía, y cuyo trabajo la abruma día y noche, nos sugiere muchas y serias reflexiones; pero en el círculo que nos hemos propuesto girar no caben: hágala la ilustración del lector.

La buena policía, está animada siempre de una disposición muy favorable: es aspiroz, muy propensa a sospechar, cualquier que la impulsa a la vigilancia, y a la inspección constante: al paso que teme emplear el poder de que es depositaria, de un modo peligroso, abusivo, y jamás cede a las pasiones que degeneran en persecución y violencia. Así sabe elevar su representación y grangearse las simpatías públicas: firme sin grosería, sin bajeza, usando buenos modales, sin mueble complacencia, en cada esquina, a cada paso, en cada grupo, a la entrada del templo como en medio de un paseo, las personas tienen a la policía que las mira, que las observa, que las guarda, y por las que, al preciso es, luchará, batallando con el malvado, hasta morir.

El contacto de los hombres honrados debe ser frecuente con los agentes de la policía: con este apoyo moral, las medidas que ejecute, mandadas por la ley, y que interesan al orden social y a la seguridad personal, serán más firmes, al paso que más equitativas y conciliadoras; conquistando respeto para la ley, consideraciones para la autoridad, y fuerza para la institución. El ciudadano tiene derecho a que se lo trate con deferencia; pero a su vez, si trata con grosería al agente público, encargado de velar por la ejecución de la ley, el mismo indirectamente atenta a su propia seguridad, al mismo traza los destinos que puede darle la comedia, y obrará en consecuencia. Esta misión de la policía es tan grande como grave; grande porque debe existir toda la soledad de los pueblos cristianos; y grave, porque en esos focos inmundos, de que la historia nos habla con levitad elocuencia, hay quizá muchos ángeles de inocencia que salvar.

Dejemos pasar de ligero al agente de policía por delante de esas casas, que los gobiernos se ven obligados a tolerar, esos asilos de vergüenza y libertinaje. Si la denuncia nos permitiera detener aquí la pluma,

presentáramos al agente de policía prestando a la moral un servicio que la sociedad debería reconocer altamente.

Pasemos también a la carrera de los múltiples atenciones que sobre el agente de policía hacen pesar, y a los establecimientos que pueden ofrecer explicaciones, ya los edificios que amenazan sepultar en los escombros a los habitantes y transeúntes, y otros asilos de refugio de esos pobres salvajes de la civilización que alberga todo pueblo grande.

A la previsión del legislador no se han podido ocultar los peligros que entraña esa multitud de vías de comunicación, que ponen a disposición del criminal los medios de evasión. El ojo previsor, esa sagacidad que descubre la verdad de una sospecha, que tomándose el rastro levanta siempre la caza, es la gran obra de la policía, es la garantía del hogar, el viajero, es la tranquilidad de la familia, del niño y del anciano que se entregan al sueño rodeados de tanto desconcierto, confiados en que la policía no dejará expuesta su persona y su seguridad a la voluntad de un malvado, y de un criminal.

¿Quién se atreve a medir el valor de los servicios que presta la policía todos los días, a todas horas, en buques, en trenes, en carreteras, por todo el ámbito de la patria, por toda la superficie de la tierra y el mar? ¿La ley ha consagrado la propiedad, fuera de la que está el vacío, el caos, y fuera de la que sería insuficiente todas las instituciones; imposible la perfección social; pues bien, la policía es la fuerza, que vence a la fuerza criminal, que atenta de mil modos a la propiedad y a la seguridad personal: aspira a hacerla respetar, y nunca transige: donde reina ella, imperan la paz, el derecho y la libertad.

Descubrir las tramas que a las personas afectan, sea cual sea su estado, su sexo y edad; evitar las tentativas de todo género; asegurar el orden en la calle, en la plaza, en los paseos y por doquier; mantener la seguridad del obrero que está en su taller, como del carruaje que cruza los caminos; conjurar tanto elemento de corrupción desde el juego del salón hasta las diversiones peligrosas en que se entretiene un niño; conservar la libertad, pero sin olvidar los garitos en que fermentan las pasiones más desordenadas; y hasta donde puedan albergarse los bandidos más peligrosos: tal es la misión de una buena policía.

Es blanco del rencor de los malvados, y esta es su mayor recomendación: si reina la calma, no lo olvidemos, como no nos olvidamos de invocar su ojo, su abnegación, el día del peligro: sus atribuciones son pesonas, desagradables. Rodeada de presiones acaecida por ellos y los suyos, cercada de peligros, vigilante siempre las convulsiones de la anarquía y el crimen, infatigable ante los peligros que la engendran, el triunfo no le da garfala, ni título, ni brillo, ni grandeza.

El extracto que acabamos de hacer sobre varias ocupaciones graves de la policía, y cuyo trabajo la abruma día y noche, nos sugiere muchas y serias reflexiones; pero en el círculo que nos hemos propuesto girar no caben: hágala la ilustración del lector.

La buena policía, está animada siempre de una disposición muy favorable: es aspiroz, muy propensa a sospechar, cualquier que la impulsa a la vigilancia, y a la inspección constante: al paso que teme emplear el poder de que es depositaria, de un modo peligroso, abusivo, y jamás cede a las pasiones que degeneran en persecución y violencia. Así sabe elevar su representación y grangearse las simpatías públicas: firme sin grosería, sin bajeza, usando buenos modales, sin mueble complacencia, en cada esquina, a cada paso, en cada grupo, a la entrada del templo como en medio de un paseo, las personas tienen a la policía que las mira, que las observa, que las guarda, y por las que, al preciso es, luchará, batallando con el malvado, hasta morir.

El contacto de los hombres honrados debe ser frecuente con los agentes de la policía: con este apoyo moral, las medidas que ejecute, mandadas por la ley, y que interesan al orden social y a la seguridad personal, serán más firmes, al paso que más equitativas y conciliadoras; conquistando respeto para la ley, consideraciones para la autoridad, y fuerza para la institución. El ciudadano tiene derecho a que se lo trate con deferencia; pero a su vez, si trata con grosería al agente público, encargado de velar por la ejecución de la ley, el mismo indirectamente atenta a su propia seguridad, al mismo traza los destinos que puede darle la comedia, y obrará en consecuencia. Esta misión de la policía es tan grande como grave; grande porque debe existir toda la soledad de los pueblos cristianos; y grave, porque en esos focos inmundos, de que la historia nos habla con levitad elocuencia, hay quizá muchos ángeles de inocencia que salvar.

Dejemos pasar de ligero al agente de policía por delante de esas casas, que los gobiernos se ven obligados a tolerar, esos asilos de vergüenza y libertinaje. Si la denuncia nos permitiera detener aquí la pluma,

presentáramos al agente de policía prestando a la moral un servicio que la sociedad debería reconocer altamente.

Pasemos también a la carrera de los múltiples atenciones que sobre el agente de policía hacen pesar, y a los establecimientos que pueden ofrecer explicaciones, ya los edificios que amenazan sepultar en los escombros a los habitantes y transeúntes, y otros asilos de refugio de esos pobres salvajes de la civilización que alberga todo pueblo grande.

A la previsión del legislador no se han podido ocultar los peligros que entraña esa multitud de vías de comunicación, que ponen a disposición del criminal los medios de evasión. El ojo previsor, esa sagacidad que descubre la verdad de una sospecha, que tomándose el rastro levanta siempre la caza, es la gran obra de la policía, es la garantía del hogar, el viajero, es la tranquilidad de la familia, del niño y del anciano que se entregan al sueño rodeados de tanto desconcierto, confiados en que la policía no dejará expuesta su persona y su seguridad a la voluntad de un malvado, y de un criminal.

¿Quién se atreve a medir el valor de los servicios que presta la policía todos los días, a todas horas, en buques, en trenes, en carreteras, por todo el ámbito de la patria, por toda la superficie de la tierra y el mar? ¿La ley ha consagrado la propiedad, fuera de la que está el vacío, el caos, y fuera de la que sería insuficiente todas las instituciones; imposible la perfección social; pues bien, la policía es la fuerza, que vence a la fuerza criminal, que atenta de mil modos a la propiedad y a la seguridad personal: aspira a hacerla respetar, y nunca transige: donde reina ella, imperan la paz, el derecho y la libertad.

Descubrir las tramas que a las personas afectan, sea cual sea su estado, su sexo y edad; evitar las tentativas de todo género; asegurar el orden en la calle, en la plaza, en los paseos y por doquier; mantener la seguridad del obrero que está en su taller, como del carruaje que cruza los caminos; conjurar tanto elemento de corrupción desde el juego del salón hasta las diversiones peligrosas en que se entretiene un niño; conservar la libertad, pero sin olvidar los garitos en que fermentan las pasiones más desordenadas; y hasta donde puedan albergarse los bandidos más peligrosos: tal es la misión de una buena policía.

Es blanco del rencor de los malvados, y esta es su mayor recomendación: si reina la calma, no lo olvidemos, como no nos olvidamos de invocar su ojo, su abnegación, el día del peligro: sus atribuciones son pesonas, desagradables. Rodeada de presiones acaecida por ellos y los suyos, cercada de peligros, vigilante siempre las convulsiones de la anarquía y el crimen, infatigable ante los peligros que la engendran, el triunfo no le da garfala, ni título, ni brillo, ni grandeza.

El extracto que acabamos de hacer sobre varias ocupaciones graves de la policía, y cuyo trabajo la abruma día y noche, nos sugiere muchas y serias reflexiones; pero en el círculo que nos hemos propuesto girar no caben: hágala la ilustración del lector.

La buena policía, está animada siempre de una disposición muy favorable: es aspiroz, muy propensa a sospechar, cualquier que la impulsa a la vigilancia, y a la inspección constante: al paso que teme emplear el poder de que es depositaria, de un modo peligroso, abusivo, y jamás cede a las pasiones que degeneran en persecución y violencia. Así sabe elevar su representación y grangearse las simpatías públicas: firme sin grosería, sin bajeza, usando buenos modales, sin mueble complacencia, en cada esquina, a cada paso, en cada grupo, a la entrada del templo como en medio de un paseo, las personas tienen a la policía que las mira, que las observa, que las guarda, y por las que, al preciso es, luchará, batallando con el malvado, hasta morir.

El contacto de los hombres honrados debe ser frecuente con los agentes de la policía: con este apoyo moral, las medidas que ejecute, mandadas por la ley, y que interesan al orden social y a la seguridad personal, serán más firmes, al paso que más equitativas y conciliadoras; conquistando respeto para la ley, consideraciones para la autoridad, y fuerza para la institución. El ciudadano tiene derecho a que se lo trate con deferencia; pero a su vez, si trata con grosería al agente público, encargado de velar por la ejecución de la ley, el mismo indirectamente atenta a su propia seguridad, al mismo traza los destinos que puede darle la comedia, y obrará en consecuencia. Esta misión de la policía es tan grande como grave; grande porque debe existir toda la soledad de los pueblos cristianos; y grave, porque en esos focos inmundos, de que la historia nos habla con levitad elocuencia, hay quizá muchos ángeles de inocencia que salvar.

Dejemos pasar de ligero al agente de policía por delante de esas casas, que los gobiernos se ven obligados a tolerar, esos asilos de vergüenza y libertinaje. Si la denuncia nos permitiera detener aquí la pluma,

presentáramos al agente de policía prestando a la moral un servicio que la sociedad debería reconocer altamente.

Pasemos también a la carrera de los múltiples atenciones que sobre el agente de policía hacen pesar, y a los establecimientos que pueden ofrecer explicaciones, ya los edificios que amenazan sepultar en los escombros a los habitantes y transeúntes, y otros asilos de refugio de esos pobres salvajes de la civilización que alberga todo pueblo grande.

A la previsión del legislador no se han podido ocultar los peligros que entraña esa multitud de vías de comunicación, que ponen a disposición del criminal los medios de evasión. El ojo previsor, esa sagacidad que descubre la verdad de una sospecha, que tomándose el rastro levanta siempre la caza, es la gran obra de la policía, es la garantía del hogar, el viajero, es la tranquilidad de la familia, del niño y del anciano que se entregan al sueño rodeados de tanto desconcierto, confiados en que la policía no dejará expuesta su persona y su seguridad a la voluntad de un malvado, y de un criminal.

¿Quién se atreve a medir el valor de los servicios que presta la policía todos los días, a todas horas, en buques, en trenes, en carreteras, por todo el ámbito de la patria, por toda la superficie de la tierra y el mar? ¿La ley ha consagrado la propiedad, fuera de la que está el vacío, el caos, y fuera de la que sería insuficiente todas las instituciones; imposible la perfección social; pues bien, la policía es la fuerza, que vence a la fuerza criminal, que atenta de mil modos a la propiedad y a la seguridad personal: aspira a hacerla respetar, y nunca transige: donde reina ella, imperan la paz, el derecho y la libertad.

Descubrir las tramas que a las personas afectan, sea cual sea su estado, su sexo y edad; evitar las tentativas de todo género; asegurar el orden en la calle, en la plaza, en los paseos y por doquier; mantener la seguridad del obrero que está en su taller, como del carruaje que cruza los caminos; conjurar tanto elemento de corrupción desde el juego del salón hasta las diversiones peligrosas en que se entretiene un niño; conservar la libertad, pero sin olvidar los garitos en que fermentan las pasiones más desordenadas; y hasta donde puedan albergarse los bandidos más peligrosos: tal es la misión de una buena policía.

Es blanco del rencor de los malvados, y esta es su mayor recomendación: si reina la calma, no lo olvidemos, como no nos olvidamos de invocar su ojo, su abnegación, el día del peligro: sus atribuciones son pesonas, desagradables. Rodeada de presiones acaecida por ellos y los suyos, cercada de peligros, vigilante siempre las convulsiones de la anarquía y el crimen, infatigable ante los peligros que la engendran, el triunfo no le da garfala, ni título, ni brillo, ni grandeza.

El extracto que acabamos de hacer sobre varias ocupaciones graves de la policía, y cuyo trabajo la abruma día y noche, nos sugiere muchas y serias reflexiones; pero en el círculo que nos hemos propuesto girar no caben: hágala la ilustración del lector.

La buena policía, está animada siempre de una disposición muy favorable: es aspiroz, muy propensa a sospechar, cualquier que la impulsa a la vigilancia, y a la inspección constante: al paso que teme emplear el poder de que es depositaria, de un modo peligroso, abusivo, y jamás cede a las pasiones que degeneran en persecución y violencia. Así sabe elevar su representación y grangearse las simpatías públicas: firme sin grosería, sin bajeza, usando buenos modales, sin mueble complacencia, en cada esquina, a cada paso, en cada grupo, a la entrada del templo como en medio de un paseo, las personas tienen a la policía que las mira, que las observa, que las guarda, y por las que, al preciso es, luchará, batallando con el malvado, hasta morir.

El contacto de los hombres honrados debe ser frecuente con los agentes de la policía: con este apoyo moral, las medidas que ejecute, mandadas por la ley, y que interesan al orden social y a la seguridad personal, serán más firmes, al paso que más equitativas y conciliadoras; conquistando respeto para la ley, consideraciones para la autoridad, y fuerza para la institución. El ciudadano tiene derecho a que se lo trate con deferencia; pero a su vez, si trata con grosería al agente público, encargado de velar por la ejecución de la ley, el mismo indirectamente atenta a su propia seguridad, al mismo traza los destinos que puede darle la comedia, y obrará en consecuencia. Esta misión de la policía es tan grande como grave; grande porque debe existir toda la soledad de los pueblos cristianos; y grave, porque en esos focos inmundos, de que la historia nos habla con levitad elocuencia, hay quizá muchos ángeles de inocencia que salvar.

Dejemos pasar de ligero al agente de policía por delante de esas casas, que los gobiernos se ven obligados a tolerar, esos asilos de vergüenza y libertinaje. Si la denuncia nos permitiera detener aquí la pluma,

presentáramos al agente de policía prestando a la moral un servicio que la sociedad debería reconocer altamente.

Pasemos también a la carrera de los múltiples atenciones que sobre el agente de policía hacen pesar, y a los establecimientos que pueden ofrecer explicaciones, ya los edificios que amenazan sepultar en los escombros a los habitantes y transeúntes, y otros asilos de refugio de esos pobres salvajes de la civilización que alberga todo pueblo grande.

A la previsión del legislador no se han podido ocultar los peligros que entraña esa multitud de vías de comunicación, que ponen a disposición del criminal los medios de evasión. El ojo previsor, esa sagacidad que descubre la verdad de una sospecha, que tomándose el rastro levanta siempre la caza, es la gran obra de la policía, es la garantía del hogar, el viajero, es la tranquilidad de la familia, del niño y del anciano que se entregan al sueño rodeados de tanto desconcierto, confiados en que la policía no dejará expuesta su persona y su seguridad a la voluntad de un malvado, y de un criminal.

¿Quién se atreve a medir el valor de los servicios que presta la policía todos los días, a todas horas, en buques, en trenes, en carreteras, por todo el ámbito de la patria, por toda la superficie de la tierra y el mar? ¿La ley ha consagrado la propiedad, fuera de la que está el vacío, el caos, y fuera de la que sería insuficiente todas las instituciones; imposible la perfección social; pues bien, la policía es la fuerza, que vence a la fuerza criminal, que atenta de mil modos a la propiedad y a la seguridad personal: aspira a hacerla respetar, y nunca transige: donde reina ella, imperan la paz, el derecho y la libertad.

Descubrir las tramas que a las personas afectan, sea cual sea su estado, su sexo y edad; evitar las tentativas de todo género; asegurar el orden en la calle, en la plaza, en los paseos y por doquier; mantener la seguridad del obrero que está en su taller, como del carruaje que cruza los caminos; conjurar tanto elemento de corrupción desde el juego del salón hasta las diversiones peligrosas en que se entretiene un niño; conservar la libertad, pero sin olvidar los garitos en que fermentan las pasiones más desordenadas; y hasta donde puedan albergarse los bandidos más peligrosos: tal es la misión de una buena policía.

Es blanco del rencor de los malvados, y esta es su mayor recomendación: si reina la calma, no lo olvidemos, como no nos olvidamos de invocar su ojo, su abnegación, el día del peligro: sus atribuciones son pesonas, desagradables. Rodeada de presiones acaecida por ellos y los suyos, cercada de peligros, vigilante siempre las convulsiones de la anarquía y el crimen, infatigable ante los peligros que la engendran, el triunfo no le da garfala, ni título, ni brillo, ni grandeza.

El extracto que acabamos de hacer sobre varias ocupaciones graves de la policía, y cuyo trabajo la abruma día y noche, nos sugiere muchas y serias reflexiones; pero en el círculo que nos hemos propuesto girar no caben: hágala la ilustración del lector.

La buena policía, está animada siempre de una disposición muy favorable: es aspiroz, muy propensa a sospechar, cualquier que la impulsa a la vigilancia, y a la inspección constante: al paso que teme emplear el poder de que es depositaria, de un modo peligroso, abusivo, y jamás cede a las pasiones que degeneran en persecución y violencia. Así sabe elevar su representación y grangearse las simpatías públicas: firme sin grosería, sin bajeza, usando buenos modales, sin mueble complacencia, en cada esquina, a cada paso, en cada grupo, a la entrada del templo como en medio de un paseo, las personas tienen a la policía que las mira, que las observa, que las guarda, y por las que, al preciso es, luchará, batallando con el malvado, hasta morir.

El contacto de los hombres honrados debe ser frecuente con los agentes de la policía: con este apoyo moral, las medidas que ejecute, mandadas por la ley, y que interesan al orden social y a la seguridad personal, serán más firmes, al paso que más equitativas y conciliadoras; conquistando respeto para la ley, consideraciones para la autoridad, y fuerza para la institución. El ciudadano tiene derecho a que se lo trate con deferencia; pero a su vez, si trata con grosería al agente público, encargado de velar por la ejecución de la ley, el mismo indirectamente atenta a su propia seguridad, al mismo traza los destinos que puede darle la comedia, y obrará en consecuencia. Esta misión de la policía es tan grande como grave; grande porque debe existir toda la soledad de los pueblos cristianos; y grave, porque en esos focos inmundos, de que la historia nos habla con levitad elocuencia, hay quizá muchos ángeles de inocencia que salvar.

Dejemos pasar de ligero al agente de policía por delante de esas casas, que los gobiernos se ven obligados a tolerar, esos asilos de vergüenza y libertinaje. Si la denuncia nos permitiera detener aquí la pluma,

presentáramos al agente de policía prestando a la moral un servicio que la sociedad debería reconocer altamente.

Pasemos también a la carrera de los múltiples atenciones que sobre el agente de policía hacen pesar, y a los establecimientos que pueden ofrecer explicaciones, ya los edificios que amenazan sepultar en los escombros a los habitantes y transeúntes, y otros asilos de refugio de esos pobres salvajes de la civilización que alberga todo pueblo grande.

A la previsión del legislador no se han podido ocultar los peligros que entraña esa multitud de vías de comunicación, que ponen a disposición del criminal los medios de evasión. El ojo previsor, esa sagacidad que descubre la verdad de una sospecha, que tomándose el rastro levanta siempre la caza, es la gran obra de la policía, es la garantía del hogar, el viajero, es la tranquilidad de la familia, del niño y del anciano que se entregan al sueño rodeados de tanto desconcierto, confiados en que la policía no dejará expuesta su persona y su seguridad a la voluntad de un malvado, y de un criminal.

¿Quién se atreve a medir el valor de los servicios que presta la policía todos los días, a todas horas, en buques, en trenes, en carreteras, por todo el ámbito de la patria, por toda la superficie de la tierra y el mar? ¿La ley ha consagrado la propiedad, fuera de la que está el vacío, el caos, y fuera de la que sería insuficiente todas las instituciones; imposible la perfección social; pues bien, la policía es la fuerza, que vence a la fuerza criminal, que atenta de mil modos a la propiedad y a la seguridad personal: aspira a hacerla respetar, y nunca transige: donde reina ella, imperan la paz, el derecho y la libertad.

Descubrir las tramas que a las personas afectan, sea cual sea su estado, su sexo y edad; evitar las tentativas de todo género; asegurar el orden en la calle, en la plaza, en los paseos y por doquier; mantener la seguridad del obrero que está en su taller, como del carruaje que cruza los caminos; conjurar tanto elemento de corrupción desde el juego del salón hasta las diversiones peligrosas en que se entretiene un niño; conservar la libertad, pero sin olvidar los garitos en que fermentan las pasiones más desordenadas; y hasta donde puedan albergarse los bandidos más peligrosos: tal es la misión de una buena policía.

Es blanco del rencor de los malvados, y esta es su mayor recomendación: si reina la calma, no lo olvidemos, como no nos olvidamos de invocar su ojo, su abnegación, el día del peligro: sus atribuciones son pesonas, desagradables. Rodeada de presiones acaecida por ellos y los suyos, cercada de peligros, vigilante siempre las convulsiones de la anarquía y el crimen, infatigable ante los peligros que la engendran, el triunfo no le da garfala, ni título, ni brillo, ni grandeza.

El extracto que acabamos de hacer sobre varias ocupaciones graves de la policía, y cuyo trabajo la abruma día y noche, nos sugiere muchas y serias reflexiones; pero en el círculo que nos hemos propuesto girar no caben: hágala la ilustración del lector.

La buena policía, está animada siempre de una disposición muy favorable: es aspiroz, muy propensa a sospechar, cualquier que la impulsa a la vigilancia, y a la inspección constante: al paso que teme emplear el poder de que es depositaria, de un modo peligroso, abusivo, y jamás cede a las pasiones que degeneran en persecución y violencia. Así sabe elevar su representación y grangearse las simpatías públicas: firme sin grosería, sin bajeza, usando buenos modales, sin mueble complacencia, en cada esquina, a cada paso, en cada grupo, a la entrada del templo como en medio de un paseo, las personas tienen a la policía que las mira, que las observa, que las guarda, y por las que, al preciso es, luchará, batallando con el malvado, hasta morir.

El contacto de los hombres honrados debe ser frecuente con los agentes de la policía: con este apoyo moral, las medidas que ejecute, mandadas por la ley, y que interesan al orden social y a la seguridad personal, serán más firmes, al paso que más equitativas y conciliadoras; conquistando respeto para la ley, consideraciones para la autoridad, y fuerza para la institución. El ciudadano tiene derecho a que se lo trate con deferencia; pero a su vez, si trata con grosería al agente público, encargado de velar por la ejecución de la ley, el mismo indirectamente atenta a su propia seguridad, al mismo traza los destinos que puede darle la comedia, y obrará en consecuencia. Esta misión de la policía es tan grande como grave; grande porque debe existir toda la soledad de los pueblos cristianos; y grave, porque en esos focos inmundos, de que la historia nos habla con levitad elocuencia, hay quizá muchos ángeles de inocencia que salvar.

Dejemos pasar de ligero al agente de policía por delante de esas casas, que los gobiernos se ven obligados a tolerar, esos asilos de vergüenza y libertinaje. Si



